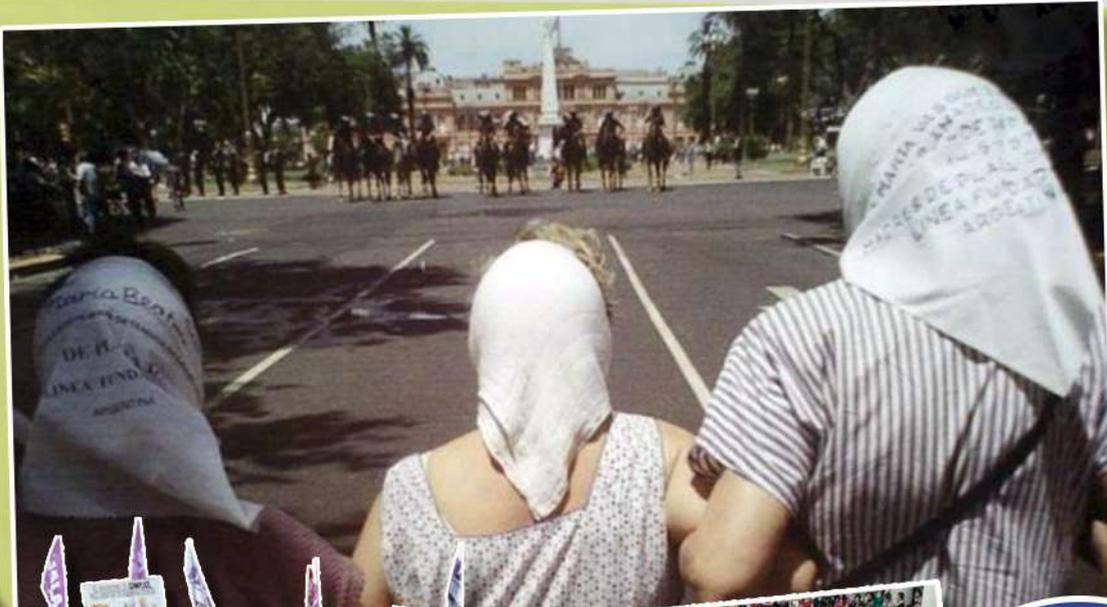


PROYECTOS COLECTIVOS Y DISCURSOS DE ODIO

CÓMO ORGANIZARNOS Y DEFENDER LA DEMOCRACIA





"La multitud no odia, odian las minorías.
Porque conquistar derechos provoca alegría,
mientras que perder privilegios provoca rencor"

Arturo Jauretche

PARA NO SUBIRSE AL CAMIÓN

¿POR QUÉ ESTE MATERIAL?



"Hay una libertad irrespetuosa ante el interés común, enemiga natural del bien social"

Juan Domingo Perón

"La comunidad organizada"

“**Q**ué ganas de agarrar un camión y jugar al bowling por la 9 de julio” dijo Dady Brieva después de una marcha que algunos catalogan de opositora, otros u otras de autoconvocada, de anticuarentena, de antidemocrática, de libertadora o desestabilizadora. Cuestión que en el peor momento de la pandemia, mucha gente se juntó en la calle con reclamos difusos, no unificados. Y con un presupuesto básico de rechazo a la actual gestión.

Muchas compañeras y compañeros de distintos lugares de la provincia venimos conversando sobre los discursos que circulan mediáticamente, sobre cómo disputar ciertos sentidos, sobre la cuestión agonal y reflexiva de la política. Sobre cómo analizar (y actuar) todo esto desde una mirada de Derechos Humanos.

En el marco de las acciones y debates promovidos desde la Secretaría de DDHH y Género, esta cartilla busca cristalizar algunas discusiones políticas que nos atraviesan. Esta producción es -como siempre- un intento por encontrarnos, pero también pretende ser un insumo que alimente este debate y las múltiples conversaciones en el sindicato, en las escuelas y en las sobremesas de los domingos.

La idea que nos impulsó a desarrollar esta producción se construyó en el marco de los debates en los espacios de formación en Derechos Humanos como un antídoto contra los aislamientos (el sanitario y también otros, que tienen que ver con la incapacidad de encontrarnos con quienes no piensan como nosotros), organizados en este singular año de pandemia. Este material es una producción conjunta en la que participaron la Secretaria General de San Justo, Fabiana Nocco; y los secretarios de Cultura y Derechos Humanos de la misma delegación, Sergio Sánchez y Rolando Aiassa. Además, aportó su mirada Amadeo Sabattini, periodista de nuestra provincia.

Es una producción ambiciosa porque nace de una pregunta difícil de responder: ¿Cómo hacer para no subirnos al camión de Dady? ¿Cómo hacer para bajarnos del camión y entablar una conversación con algo que nos resulta tan lejano? ¿Cómo entrenar la comprensión? ¿Cómo disputarle a discursos tan potentes como repetitivos? Aquí nos adentramos en este laberinto...



la comprensión? ¿Cómo disputarle a discursos tan potentes como repetitivos? Aquí nos adentramos en este laberinto...

UN JUEGO SIN PLANCHAZOS

► Por Fabiana Nocco*

Para comenzar, tomo prestada una nota periodística que me llenó de interrogantes y desafíos para comprender cómo afectan a la construcción colectiva los llamados discursos de odio. Ésta se titula **“El consenso en tiempo de planchazos”**.



En la nota se habla del consenso alfonsinista y del sistema educativo como vector de transmisión de la vacuna contra el autoritarismo. Cito un fragmento: “Cuando la regla electoral deja de ser la única regla de juego aceptable, es como jugar un picado sin árbitro, al primer planchazo juegan todos a los planchazos”.

Esas palabras me llevaron a la siguiente pregunta: ¿No son los discursos de odio planchazos en el juego democrático? Cuando uno de los jugadores se posiciona en su propio sentir y parecer y esto conlleva prejuicios y descalificaciones, automáticamente se convierte en un planchazo en ese juego. Si no hay árbitros en este juego, se necesita imperiosamente un acuerdo de mínima donde sin llegar a lo punitivo podamos convivir.

Los y las trabajadores de la educación somos sujetos políticos. Por lo tanto todo **nuestro accionar y nuestro trabajo se basa en la esperanza de que todos los**

niños, las niñas y jóvenes pueden. Y es nuestra obligación hacer de la escuela un espacio esperanzador, un refugio de los Derechos Humanos.

Y si el planchazo afecta el juego que sucede dentro de la escuela, de la misma forma afecta en la construcción de un consenso dentro de nuestro colectivo, de nuestro sindicato. Cuando debatimos y analizamos las políticas educativas que modifican o no nuestro trabajo, o cuando debatimos acuerdos salariales, si nos posicionamos como individuos sin contexto, solo con nuestro sentir y parecer, obturamos cualquier posibilidad de encontrar un resultado que nos contenga a todos y a todas.

Los discursos de odio son planchazos y debilitan fuertemente al colectivo trabajador.

Estos planchazos son esencialmente antidemocráticos, por lo tanto quien los esgrime no acepta las reglas de juego que imperan en la democracia, que es el gobierno de las mayorías. La relación que se establece dentro del colectivo trabajador se basa centralmente en la confianza entre representante y representados y en esa representación se hace imprescindible la renuncia de algún deseo o ideología individual en pos de lo colectivo. Los trabajadores organizados respetamos el derecho individual a expresar ideologías o pareceres y defendemos y respetamos las decisiones de la mayoría. Las reglas de juego son claras, los planchazos rompen las reglas.



* Secretaria General de UEPC San Justo.

PRAGMATISMO ÉTICO Y ESPEJO INVERTIDO

► Por Juan Dyzenchauz*



Habitualmente encontramos en algunos discursos que circulan mediáticamente una anulación del otro. Dentro de la dinámica polarizada de lo que solemos llamar “grieta”, existe un todo y la rotura de ese conjunto. Los que rompen esa armonía “pre-grieta” son los pobres, los vulnerables, los ruidosos, los populistas. Son expresiones que disfrazadas de anti política llegan al extremo más oscuro de la disputa: la anulación del otro, el cercenamiento de su derecho de opinar y existir.

En el epígrafe que tomamos de Estela Carlotto¹ se ve eso. Hay un odio desembozado sobre el que partes de nuestra sociedad se vuelven insensibles, se naturaliza el odio y la intolerancia.

¿Cómo se combate el odio? ¿Qué hay de cierto en eso de que el amor siempre triunfa?

Estela lo tiene claro y suele decirlo. El amor es el motor. Pero hay método.

Hay constancia. Hay evaluación de lo hecho, autocrítica, vuelta a hacer. Hay estudio de a quién se le habla. Hay pretensiones de universalismo. Las Abuelas lograron hablarle (y sensibilizar) al conjunto (que nunca es el todo absoluto) de la sociedad argentina.

Ahí hay un faro, una guía. No un machete de lo que hay que hacer, porque todas las luchas tienen sus particularidades y todos los momentos sus cir-



Tenemos que, como las Abuelas, pararnos desde el amor y planificar desde un sentido popular que nos permita traccionar consensos amplios.

cunstancias. Pero ahí, en esa frase, Estela nos marca un rumbo: no somos lo mismo que ellos pero al revés. No estamos dispuestos a hacer cualquier cosa. Por cuestiones éticas y porque creemos en algo de eso de que el amor triunfa. De que sobre el odio no se construye. Puede ser un eficaz destructor, pero nosotros, nosotras no nos dedicamos a eso.

Al mismo tiempo, ya a esta altura tenemos claro que no alcanza con decir que el amor vence al odio, ni que la patria es el otro. Tenemos que profundizar nuestro análisis y arremangarnos a la hora del debate.

Tenemos que, como las Abuelas, pararnos desde el amor y planificar desde un sentido popular que nos permita traccionar consensos amplios. En el plano de la disputa y en el de la reflexión. Y en cualquier escenario que nos toque.



* Formador en la Secretaría de Derechos Humanos y Género de UEPC

¹ Veo esas marchas, donde ponen muñecos del presidente colgados de una horca, pienso que nosotras hacemos marchas frente a los asesinos de nuestros hijos y nunca se nos ocurriría hacer semejante despliegue de maldad.

Estela Barnes de Carlotto 22/10/2020

LA PALABRA COMO ARIETE: EL ODOIO COMO HERRAMIENTA POLITICA

► Por Sergio Sánchez*

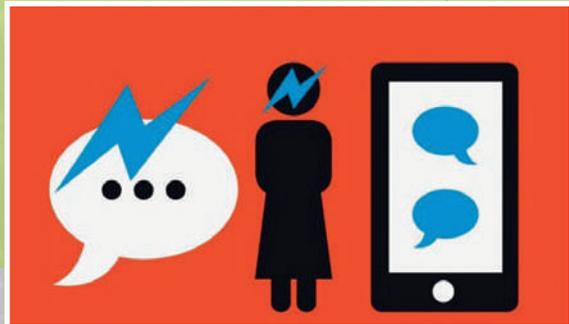
Las expresiones de intolerancia no son exclusivas de estos tiempos. Tal vez las diferencias haya que buscarlas en las enormes posibilidades de propagación que hoy tienen, donde el acceso a la comunicación se ha democratizado, o más que democratizarse se podría decir que se ha masificado. Cualquiera puede originar mensajes de esta clase, alcanza con que se sienta lo suficientemente frustrado o lo suficientemente enojado. El rechazo, el odio, la culpabilización de los propios males, acaso de los propios fracasos, posiblemente sean más soportables si se encuentra a quien responsabilizar por ellos.

Hoy lo distinto se ha vuelto insoportable. Aquello que no es compatible con ciertos sistemas de valores, lo que no se comprende, lo que no se logra concebir como normal y lo que se aparta del molde, es objeto de descalificación y rechazo. A quienes muestran alguna clase de desviación con respecto a lo aceptado como natural, no se los considera sujetos de derechos ni se les permite reclamarlos.

Se odia a la diversidad sexual, se odia por vejez, por color de piel, por religión. Se estigmatiza al que no ha hecho méritos según los valores que el sistema capitalista impone. Se rechaza al desposeído cuando reclama su derecho a dejar de serlo, ya que su desposesión no sería más que el producto de su propia incapacidad o su pereza. En síntesis, se aborrece al que se aparta del rol que la sociedad le asignó en estos tiempos

de capitalismo exacerbado y el odio promueve reflejos fascistas, promueve el deseo de deshacerse de aquello que molesta. Cuando una figura política dice que determinado partido es el de los que no quieren trabajar, está convocando al odio.

Los humanos tenemos la capacidad de razonar, cuestionar, reflexionar; cuando caemos en los discursos de rechazo hacia el otro, de aborrecimiento hacia aquello que no representa lo que concebimos como natural, abandonamos nuestra condición de seres con recursos que nos permiten resolver las diferencias pacíficamente, abandonamos la posibilidad del intercambio, de la empatía. Allí es cuando aparece nuestro componente fascista: "me molesta, por lo tanto hay que hacerlo a un lado, suprimirlo". Por desgracia, los argentinos sufrimos experiencias dolorosas derivadas de esas formas de pensar, por eso cuesta admitir que no hayamos aprendido lo suficiente. Dan miedo los carteles que suelen mostrar a personas para las que se reclama la horca y otras manifestaciones de encono parecidas.



* Secretario de Cultura y Derechos Humanos de UEPC San Justo



La agresión material y simbólica que suele prevalecer en los parlamentos de figuras públicas, comunicadores, periodistas y hasta educadores, seguirán estando allí para recordarnos que elegimos un camino que no conduce a la superación sino a la intensificación del conflicto.



La construcción del imaginario social a la que estamos expuestos a través de las instituciones que contribuyen a moldear nuestra personalidad nos colocan en el camino de lo que se considera el orden natural de las cosas y que, por ser natural, no debería subvertirse. Lo cual tiende a explicar que cuando aparecen iniciativas que desde el Estado buscan corregir las desigualdades, los discursos del odio estigmatizan a las instituciones y a quienes circunstancialmente les toca conducirlas. Se asume que estas iniciativas pretenden sacar dinero en forma de impuestos o contribuciones extraordinarias metiendo la mano en el bolsillo de quienes han obtenido lo que tienen por el esfuerzo y la dedicación. Según esta matriz de pensamiento, no sería justo que otros que no se esfuerzan recibieran algo por lo que no han hecho ningún mérito.

Estas clases de manifestaciones son parte del pensamiento dominante e inducidas por algunos sectores con el justificativo de que se encontrarían en peligro ciertos derechos adquiridos naturalmente (por ejemplo, la propiedad privada). Los transmisores de esos discursos se vuelven herramientas del poder que, de esta manera, descalifica a quienes –personas o instituciones– se resisten a lo que se ha conseguido instalar como sentido común, como un orden natural que no admite modificaciones por considerarlo una verdad absoluta e inmodificable. Pero todos sabemos que todas las verdades son relativas, sobre todo aquellas que pretenden explicar el funcionamiento social.

Es probable que lo que se encuentre en la raíz de esta situación sea la incapacidad que hemos desarrollado para entendernos. Pareciera que no estamos dispuestos a escuchar los argumentos de quien piensa distinto, ya que no lo consideramos capaz de producir una buena idea o formular algún razonamiento coherente. De este modo, nos encerramos en una cáscara conceptual y no admitimos que pueda ser atravesada por otros aportes que (aunque a primera vista parezcan inaceptables) siempre pueden servir para adoptar posturas más flexibles y compatibles con una idea de convivencia que aleje la posibilidad del enfrentamiento permanente.

El rechazo, la descalificación y la aversión seguirán prevaleciendo mientras las posiciones acerca de cuál es el mejor modelo de sociedad permanezcan irreductibles.

Mientras tanto, la agresión material y simbólica que suele prevalecer en los parlamentos de figuras públicas, comunicadores, periodistas y hasta educadores, seguirán estando allí para recordarnos que elegimos un camino que no conduce a la superación sino a la intensificación del conflicto.

ALGO MÁS QUE SENTIMIENTOS ENFRENTADOS: EL AMOR Y EL ODIO COMO CATEGORÍAS POLÍTICAS

► Por Zoe Cid*

La pandemia ha transformado muchas de nuestras percepciones y acciones: en la reorganización de nuestra vida día a día, en el enclaustramiento de nuestra experiencia vital, en el miedo a lo desconocido y, sin dudas, en la ampliación de las diversas desigualdades sociales que nos atraviesan históricamente. Pero lo que es más, la calle ha comenzado a ser conquistada por banderas y discursos que pocas veces en la historia habían conocido el asfalto con tanta asiduidad. No es que los discursos de odio no hubieran proliferado antes, sino que se manifiestan de nuevas maneras. En este punto, es importante aclarar que no todo reclamo a los gobiernos de turno se tiñen de estos discursos, pero sí ciertos usos mediáticos que se hacen de los reclamos expresados en las calles se componen fuertemente de los mismos. Muchos reclamos nacen del fervor de un contexto de crisis, mientras que en otros casos se organizan como repudios absolutos a toda transformación, a toda política, a toda protección del Estado. Sobre estos últimos pondremos el acento.

Las banderas y consignas que podemos apreciar en numerosas imágenes distan de ser homogéneas. Como cualquier otro agrupamiento social, es heterogéneo y, por tanto, debe ser analizado desde esa cualidad. No es una apreciación moral de los manifestantes sino una mirada a los discursos que allí se exponen, lo que legitiman y las representaciones sobre las que se asientan.

Es común en ese sentido escuchar sobre “la grieta”: una especie de fenómeno geológico de la política -que pareciera tan anquilosada como eterna- en la que las/os ciudadanas/os nos situamos de un lado o el otro acorde a lo que apoyemos expresamente. En una nostalgia poco afecta a los estudios históricos, nos hablan de un pasado “pregrieta” en el que se invisibilizan o niegan sufrimientos y violencias, así como también la desocupación y la exclusión de las mayorías. En este discurso en el que “todo pasado fue mejor” no se reconocen aquellas luchas y conflictos políticos que nos han permitido transformar las condiciones de vida de muchas/os.

Sin embargo, las desigualdades sociales, económicas y políticas han existido desde la conformación de las sociedades. La disputa, por ende, es parte de todas las relaciones sociales y los conflictos inherentes a la vida de todo espacio en cualquier tiempo. Por ello, **existe en esta idea de “la grieta” cierta percepción de que algunas/os vinieron a corromper, transformar o destruir lo que se consideraba correcto. Y lo que es más, aquellas/os que vienen a denunciar y proponen otras alternativas a ese estado de cosas injusto son percibidos como un problema. En algunos casos, lo**

* Integrante del Equipo de Formación de la Secretaría de DDHH y Género

que parece expresar este discurso no sólo es nostalgia sino una convicción ideológica que encuentra en otras/os una peligrosidad inminente y, en algunos casos, hasta acciona generando sufrimiento y daño a otros seres humanos.

Por ello se designa “discursos de odio” a aquellas convicciones que buscan anular a ciertos sujetos políticos como forma de reparación de una sociedad que consideran, por la presencia de esos/as otros/as, dañada. Bajo esta idea se ha señalado, estigmatizado y discriminado a numerosos sujetos: migrantes, mujeres, indígenas, la juventud, los colectivos LGTTTBQ+, organizaciones sociales y comunitarias, entre otros/as. Por ello, es importante recalcar que no hablamos de un sentimiento, más allá de que se exprese muchas veces con cierta energía, sino un posicionamiento político que ya conocemos en nuestra historia y que ha generado sufrimiento y exclusión por muchos años. Estos discursos resultan antidemocráticos desde cualquier óptica que se los mire, y constituyen un punto nodal de un sistema de prácticas y representaciones que legitiman desigualdades y privilegios que históricamente excluyeron a las grandes mayorías.

En contraposición a los discursos de odio se suele hablar de “discursos del amor”. Siempre genera cierto resquemor en el campo académico cuando a los posicionamientos políticos de las multitudes se le asignan sentimientos. De cierta forma, invisibilizan de la disputa política su dimensión racional y conflictiva y, lo que es más, pueden hacer perder de vista aquello mismo que denuncia: lo que nos moviliza a organizarnos políticamente es la convicción de construir mundos más justos que disputen y reparen las profundas desigualdades que, lamentablemente, aún persisten.

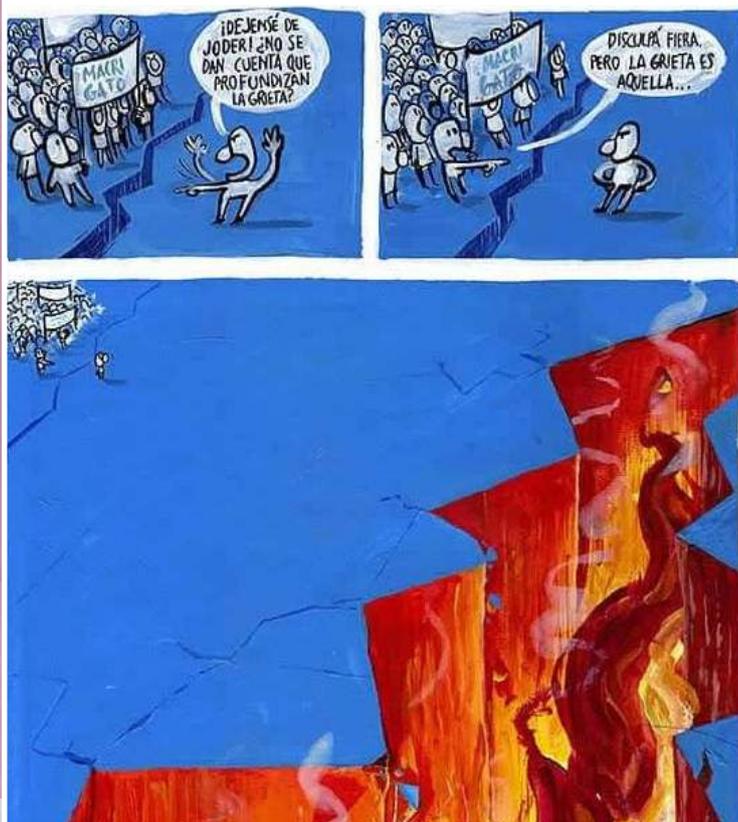
La invitación no es a debatir si amamos u odiamos individualmente. Es redimensionar ambos conceptos en clave política, asumiendo que las disputas son necesarias, que hay consensos que deben ser sostenidos para fortalecer la democracia y, principalmente, que nos urge la persistencia de la injusticia en el mundo. Y en la realidad que nos convoca, hablar de amor es hablar de solidaridad, de cooperación, de organización, de vinculación y de un horizonte de felicidad compartida. No para algunas/os, sino todas y todos. Sin exigencias del plan de cuotas del autosacrificio para acceder al mérito, cual si fuera un auto comprado a cuentagotas mientras se derrama sangre, sudor y lágrimas. Sin “buena onda para que todo salga bien” sino con el compromiso de ser más empáticos. Con la férrea convicción de que existe una dignidad intrínseca, inherente y universal.

Es una tarea titánica. Día a día, diversos temas se hacen espacio en la tapa de los diarios, en las redes sociales, en la calle. Sin embargo, no podemos vivir permanentemente tras una agenda mediática que proyecta y expone discursos de odio: en primer lugar porque nacen de miradas individuales que, en una estrategia bastante común, algunos medios buscan homogeneizar como reclamo popular, instalando un clima de tensión permanente en una coyuntura marcada por la incertidumbre.

En segundo lugar, porque los **discursos de odio nos alertan que existen deudas de la democracia que requerimos saldar:** detrás de cada repudio, de cada repre-



La invitación no es a debatir si amamos u odiamos individualmente. Es redimensionar ambos conceptos en clave política, asumiendo que las disputas son necesarias, que hay consensos que deben ser sostenidos para fortalecer la democracia y, principalmente, que nos urge la persistencia de la injusticia en el mundo.



La invitación es a debatir colectivamente desde proyectos que instalen otra agenda de discusiones. Debates que propongan, cual bandera, horizontes comunes: de justicia, de felicidad, de soberanía, de cooperación.

sentación del pasado y de cualquier legitimación del status quo existe una evidente negación a cualquier transformación de un sistema de privilegios aún existente que atenta contra derechos democráticos y que se supone natural y aceptado. Entonces no nos veamos apremiados sólo por la virulencia de algunos reclamos sino por aquello que buscan restituir o legitimar: ese debería ser el centro de nuestros debates. Cuando expresan fervientemente que “el mal” para nuestra sociedad fueron los últimos 70 años de peronismo (lo que supone una inexactitud histórica monumental), cuando repudian las estrategias de asistencia social, cuando se oponen a medidas de protección frente a una pandemia lapidaria a nivel mundial, demuestran sus representaciones y demandas: un Estado mínimo, una sociedad basada en el mérito, normas sostenidas desde una autoridad percibida como natural. La grieta, los reclamos, su fervor no son otra cosa que reacción a una crisis de ese sistema de significados y relaciones sociales que encuentran en la vida democrática del siglo XXI y los nuevos derechos ampliatorios, una frontera. Sin embargo, el hecho de que se considere que esa intolerancia puede tener lugar en un sistema democrático, es un punto de importancia en este debate que nos convoca. Es imprescindible en ese sentido movernos del estupor que nos genera su furia para construir alternativas po-

líticas que nos saquen de un camino de polarización a puntos irreductibles.

Sin embargo, en este desafío, **hablar de amor como contraposición al odio no logra dar respuesta a ciertas preguntas y debates, pero es el motor para encarar los proyectos que hagan falta.** Para salir de un discurso que -a fuerza de reiterarse- puede convertirse en vacío, y pasar a un plano de organización y acción concreta es necesario asumir ciertos debates crudos y duros como la realidad en la que nos encontramos. Para no subirnos al camión de Dady se necesita de colectivos que nos organicen, que nos contengan, que ofrezcan otras paradas. Sin miedos a los debates, sin asumir el conflicto como problema, redimensionando el panorama: **la discusión no es con una persona, es con un sistema desigual que atenta contra los derechos de todos y todas y que buscan permanentemente reproducir.**

Frente a lo titánico de la tarea, **la invitación es a debatir colectivamente desde proyectos que instalen otra agenda de discusiones. Debates que propongan, cual bandera, horizontes comunes: de justicia, de felicidad, de soberanía, de cooperación.**



CONVENCER

SIN VENCER

► Por Amadeo Sabattini*



¿Con quién discutimos?; ¿Discutimos con los medios o con personas?; ¿Existe alguna persona que pueda convencernos de algo y pueda ser convencida de algo?

Leí en una nota de Página 12, no sé cuál, estos días:

“ El discurso duro, cuadrado, de la derecha no encuentra la misma respuesta en la sociedad, aunque lo sigan manteniendo los grandes multimedios. La relación de la sociedad con el discurso de baja calidad democrática de los medios asumió una intensidad diferente que permitió que una mayoría pudiera cuestionarlo. Pero el poder de daño de un sistema de información tan concentrado es de por sí anti-democrático, independientemente de la línea que sostenga”.

Esta es, sin dudas, una línea de reflexión para la militancia: la cuestión del rol ¿anti-democrático? de la información concentrada y de los modos de abordar la cuestión. Pero algo que resalta desde el comienzo es: **¿Con quién discutimos?; ¿Discutimos con los medios o con personas?; ¿Existe alguna persona que pueda convencernos de algo y pueda ser convencida de algo?**

Tengo una larga tradición de discusión “militante”; muchas horas de asambleas y plenarios. No sé si tantas; las suficientes para reconocer el fenómeno de **terminar una reunión militante con la convicción de que “nuestro sector” había “pulverizado” los argumentos de las y los oponentes y la íntima sensación de que no habíamos convencido a nadie de los circunstanciales rivales.** Y estas eran discusiones entre compañeras y compañeros.

Está lleno de ejemplos de cómo el análisis racional de una situación pone los argumentos a nuestro favor. Entonces hemos vencido en el plano discursivo, “ganamos una discusión”; normalmente, ocurre por un aparente Knock Out: el oponente no tiene qué o cómo contestar los argumentos.

Pero a diferencia del boxeador, que comprende desde el suelo que no puede más, las contraccaras de los debates políticos que de un modo u otro van exteriorizando la grieta, no han caído, ni sienten necesidad de “no perder la discusión”. Están en pie; más o menos terraplanísticamente, se sostienen en sus argumentos. En muchos casos con lógicas discutibles, en otros con una construcción lógica sólida, aunque ataquen la raíz misma del texto constitucional, aunque supongan claramente escenarios discriminatorios o en franca violación de derechos básicos y reconocidos en el discurso político global como legítimos.

No han sido “convencidos, convencidas”. No continuarán la discusión porque hacerlo supone reconocer delitos o pensamientos paleolíticos. Su pensamiento solo



* Periodista de Radio Universidad de Córdoba

tolera un micrófono cómplice, porque la más inocente de las repreguntas, los/as pone en evidencia.

Pero no se sienten derrotados porque tienen la certeza de que representan un modo de ver y de resolver las cosas en Argentina. Sienten representar “a la gente”. Y aquí, entra en juego la poderosa maquinaria mediática, que amplifica ciertas ideas, gestos y actos concretos y silencia otros.

Una lectura de títulos del día, es abrumadora:

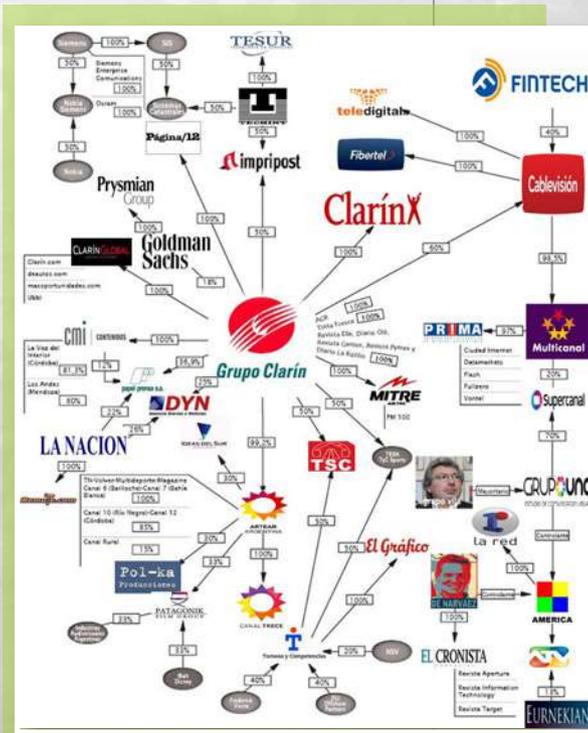
1. La discusión por el dólar: el gobierno apila fundamentos técnicos sobre la inutilidad y lo dañino que sería una devaluación; con 30 millones de dólares diarios, la especulación financiera y agrícola le dice que el “blue” (yo prefiero “dólar ilegal”)

vale 180 pesos. Perderemos lo que tengamos que perder y al final ganaremos. No me convencés, yo sé fehacientemente que el precio del dólar no es el que dice el gobierno. ¿Cuánta gente acompaña ese pensamiento, silenciosamente? Claro, independientemente de si pueden o no comprar un dólar, al valor que fuese.

2. La “toma” de Dolores Etchevere. Usurpación, violencia de género, fallos judiciales, perspectiva ambientalista. Todas evidencias en contra de un modelo de gestión históricamente falluto del recurso de la tierra (paradójicamente aquí, asociada claramente al flujo de divisas que sostienen los 30 millones que ponen al dólar ilegal en 180). En cuanto el ex ministro o algunos de sus secuaces abren la boca, reconocen delitos, discriminan, violentan, apologizan el delito y convocan a cometerlo. No hay forma de sostener sus argumentos dentro del marco constitucional y la tradición de Derechos Humanos ya instalada en Argentina. Pero no les importa: saben que si convocan a un banderazo frente al establecimiento, aunque sean un grupo ínfimo de la población, encontrarán repercusión con titulares como “pueblada”, “multitudinaria movilización”, etc.

3. Junto a los periódicos, las redes también proporcionan “títulos”.

Para ilustrar, tomo **uno de Facebook**. El texto dice: “Retienen la cosecha del campo para forzar una devaluación. El campo ¿De qué nacionalidad es?”. “Argentino” respondo yo, desde el sentido común más básico. Realmente ¿Debo discutir con el productor rural que defiende su forma de sustento y de vida contra la depreciación del dólar si él (o ella) es argentino o argentina? O más bien, debería poder discutir cómo queremos que sea Argentina, cuáles son los modelos de generación y distribución de la riqueza, o si su interés inmediato no choca con sus intereses de largo plazo. En suma, ¿Qué nos pone orgullosos cuando nos reconocemos argentinas y argentinos? Claramente no son las mismas cosas, pero mi forma de sentirme argentino, ¿Debe ser entendida como la única argentinidad





posible? O sea, nuestro modo ¿Es el único modo de ser argentino?. Puesto así, la respuesta es bastante obvia, ¿No?.

Los y las rivales políticos son bien argentinos/as; son también argentinos/as. No rebaño. No son enemigos. No tengo que vencerles; mi opción militante es ver a quién y cómo puedo convencer.

Por eso, **aunque la tentación es grande, el esfuerzo debería estar puesto en debatir con personas de carne y hueso y no con los periódicos.** Por supuesto que es un esfuerzo superlativo, porque apenas comienza el debate nos sumergen en un mar de títulos recitados y repetidos y hay que poner doble empeño en encontrar hilos de debate y argumentos que puedan sortear la maraña de "titulares". Mucha gente tiene "el cassette puesto". **Lo cierto es que más de una vez, lo primero es sacarse el "cassette" propio.**

La última cuestión tiene que ver con los márgenes que tenemos para estas discusiones. Por fuera de la voluntad de encontrar consensos, de la convicción sobre la riqueza de lo diverso y el valor de las diferencias democráticas, hay cuestiones ideológicas, estructurales. Éstas no se saldrán porque, en el fondo, pensamos Argentinas diferentes porque representamos intereses diferentes.

Discutimos la Argentina de mayorías contra el proyecto de una Argentina oligárquica. Los Derechos Humanos, la libertad de expresión y la propia democracia para nosotros son herramientas del pueblo para desarrollarse y crecer. Para los Grandes Medios y los sectores que representan, son concesiones necesarias, que les impusimos en el proceso político, pero sobre las que vuelven cada vez que tienen oportunidad.

Entre la vocación de convencer y la de militar un país para todas y todos, es importante en todo debate asumir cuáles son las premisas básicas de coincidencia. Si no partimos de coincidencias elementales, de la constitución, de la democracia, de los Derechos Humanos, es inútil debatir.



Entre la vocación de convencer y la de militar un país para todas y todos, es importante en todo debate asumir cuáles son las premisas básicas de coincidencia. Si no partimos de coincidencias elementales, de la constitución, de la democracia, de los Derechos Humanos, es inútil debatir.

DEL REPUDIO Y LO QUE NOS QUEDA

► Por Juan Dyzenchauz*



Las circunstancias históricas habilitan determinados discursos y “censuran” otros. Al mismo tiempo, existen discursos no acordes con sus tiempos, disruptivos. Lo que no ocurre nunca es que un discurso esté separado de su tiempo. Es decir, discurso y contexto se influyen uno a otro, siempre.

Al mismo tiempo y por otro lado, los discursos sociales son tejidos de diálogos. Es decir, no existen discursos nacidos de repollos. Tienen un antes y un después, una red discursiva sobre la que se soportan y una influencia mayor o menor en la red de discursos general.

Por todo esto, cada quien puede estar de acuerdo o no con determinado discurso, con determinadas apreciaciones o con algunas afirmaciones. Puede expresarlo como forma de alentar una discusión sobre el tema en cuestión. O puede expresarlo como repudio, intentando anular eso sobre lo que no acuerda, o sus consecuencias.

De todas maneras un repudio es una maniobra defensiva. Es un momento en el que se repele un ataque. Y eso, esa situación posicional de los discursos, también define el momento histórico que se atraviesa.

Desde dónde, para qué y para quiénes

Se puede asumir que las organizaciones de la sociedad civil estamos generalmente “a la defensiva” cuando es el Estado quien intenta instalar determinado discurso. Es decir, ante un gobierno que niega el Terrorismo de Estado, el repudio es al mismo tiempo un repelente y una pulseada en la que parte de la comunidad intenta organizadamente no bajar el piso de una discusión que nos atañe a todas y todos.

La pregunta llega cuando el repudio se vuelve ejercicio constante y se amplían los márgenes, tanto de lo que repudiamos como de a quiénes repudiamos. Porque el repudio sigue siendo, en última instancia, un intento por anular o neutralizar. Cuando repudiamos desde un medio con alcance

nacional a docentes del interior provincial. Cuando, con la misma lógica de repudio, dejamos de repeler para pasar “a la ofensiva”. Cuando sin cambiar la lógica cambiamos nuestra posición en el tablero.

Porque mientras el repudio a la defensiva puede dinamizar una discusión que nos quieren negar, el repudio a la ofensiva cierra una discusión con el argumento de que hay cosas que no se deben decir.

El límite del repudio

El problema político que se nos presenta es que el argumento de que “hay cosas que no se deben decir”, nunca alcanza.

El problema ético que tenemos es que con el mismo repudio estamos actuando como lo que repudiamos.

¿Cómo hacemos, entonces, para encontrar una propuesta que abra la cancha y que nos permita al mismo tiempo un espacio de reflexión y de disputa?

Cercanía, confianza y antagonismos

El ejercicio constante del repudio tiene como riesgo repudiar del mismo modo todo y a todos. Es decir, repudiar de la misma manera los dichos de un presidente que los de un docente. Repudiar de la misma manera dichos negacionistas que opiniones sesgadas o desinformadas sobre alguna categoría política. Antagonizamos de la misma manera con el adversario que con un posible aliado. Perdemos la posibilidad de acercarnos a escuchar, a preguntar, a convencer. Perdemos de vista que el juego democrático se gana convenciendo y no anulando. Alimentamos el miedo a la disidencia. Jugamos el juego del enemigo. Y en ese juego siempre perdemos.

Porque al amor que vence al odio hay que politizarlo y volverlo ejercicio.

Porque nosotras y nosotros ganamos cuando nos acercamos, no cuando ponemos distancia.

Porque es imposible construir verdades conjuntas si creemos que la verdad ya es propiedad nuestra.



* Formador en la Secretaría de Derechos Humanos y Género de UEPC

LA PALABRA DEL DOCENTE

► Por Rolando Aiassa*



El/la docente tiene
autoridad para decir.
Pero ¿Qué discurso
construye?

Permanentemente nos preguntan cuestiones referidas a nuestros estudiantes, pero pocas veces nos preguntamos por qué aprenden los estudiantes, por qué aprenden lo que dice el/la profe. Dice Silvia Bleichmar en su libro *"Violencia Social, violencia escolar"*: **"Se aprende porque se cree en la palabra del otro"**.

Podemos pensar muchas cosas a partir de esta afirmación: cómo se genera la confianza, cómo se construye la autoridad, cómo son los mecanismos de aprendizaje. Pero no vamos a discutir aquí teorías del aprendizaje, ni la construcción de la autoridad; sino la autoridad de la palabra del docente.

Las y los docentes que estamos en el aula, decimos, hablamos, exponemos ideas, tesisuras, dialogamos con los y las estudiantes. Opinamos. Es allí cuando se produce la transmisión del conocimiento y la producción de subjetividades. Es decir, la palabra del docente sigue siendo en la mayoría de los casos una palabra autorizada.

Es verdad que en este país hay palabras más autorizadas que otras. Y hay palabras, como las de los medios de comunicación a las que se les da status de verdad casi sin cuestionarlas.

Ahora bien, el/la docente, en tanto agente del Estado y cuya palabra tiene peso en el discurso social, ergo su palabra está autorizada; ¿Puede decir lo que quiera? ¿Puede un/una docente hacer apología, por ejemplo, del terrorismo de Estado? ¿Puede acoplarse al discurso antisemita? ¿Puede tener un discurso homobotransfóbico? ¿Qué ideas y subjetividades se están transmitiendo/construyendo?

Es allí donde reside la cuestión. **El/la docente tiene autoridad para decir. Pero ¿Qué discurso construye?**

Hay acuerdos, hay leyes, hay normativas, hay hechos que hacen que la palabra del docente, en tanto palabra autorizada, tenga un sentido en la construcción de la ciudadanía. ¿Qué ocurre cuando ese discurso del docente es de odio, de la violencia, de la discriminación? Claramente es un discurso que si bien tiene autoridad, y eso es lo que preocupa y ocupa, es un discurso que carece de ética y posibilidad de construir otra cosa, otro futuro.

Estamos hablando de la escuela como núcleo de recomposición de ciudadanía, de cómo desde la escuela construimos discursos que permitan lazos sociales con otros. Si la escuela se posiciona desde el discurso del terrorismo de Estado, está diciendo que hay 30.000 personas que no van a ser parte del futuro, que la violencia y el terror es el modo de construir los vínculos.



* Secretario de Cultura y Derechos
Humanos UEPC San Justo



Construyamos la escuela con memoria, con justicia y con amor... desautoricemos la palabra tantas veces como sea necesario hasta construir la sociedad que queremos.



Quienes ejercemos la docencia no podemos decir cualquier cosa, no podemos improvisar discursos que tiendan a la destrucción del otro, del medio, del contexto. Nuestra palabra y nuestro discurso resuenan en la cabeza de los pibes, en la mesa de las familias. Porque las y los pibes cuentan lo que ven en la escuela cuando llegan a casa.

Repensar qué estamos transmitiendo no solamente es una cuestión ética, sino una cuestión de memoria histórica. No podemos permitir la apología del terrorismo de Estado ni discursos que tengan como blanco la destrucción del otro. Nuestro rol ineludible es construir y reconstruir el lazo social que el discurso del odio destruye. ¿Dónde iremos a parar si no hay lazo con otros que nos sostengan?

Construyamos la escuela con memoria, con justicia y con amor... desautoricemos la palabra tantas veces como sea necesario hasta construir la sociedad que queremos.



**INSISTA
EN CONSTRUIR
desde el
AMOR**



Coordinación: Silvia Marchetti

Edición: Zoe Cid y Juan Dyzenchauz

Redacción: Amadeo Sabattini, Zoe Cid, Juan Dyzenchauz,
Sergio Sánchez, Rolando Aiassa y Fabiana Nocco.

Diseño: zetas.com.ar